

Entre el Cero y el Infinito

JESUS ITURRIOZ, S. J.

La historia editorial de nuestros años va a quedar caracterizada por la aparición de libros sensacionales de vida contemporánea. Se suceden unos a otros en ininterrumpida serie, portadores de revelaciones sensacionales. El público los devora. Las editoriales no se cansan de reeditarlos con pingües ganancias. Las lenguas a porfía solicitan permisos de traducción. Así la trágica historia de nuestros días va filmándose en imaginaciones sobrecogidas de terror al representarse con arrebatadora viveza lo horrible que ha ido aconteciendo en la humanidad.

Hoy es el *Diario* de un gran personaje de Estado que intervino en decisivas reuniones internacionales de máxima representación, quien nos relata en esquemas escuetos de cada día lo que en el seno de los gabinetes diplomáticos había de calculado, mezqui-

no e intrigante; tal por ej. el *Diario* de Ciano. Luego es Mussolini quien da cuenta de las incidencias azarosas de un año trágico en su proceso y catastrófico en su final. En otra parte es un Embajador, Mr. Hayes, quien, amañándose hábilmente para no defraudar sus deberes profesionales, consigue narrar en lúcidas y documentadas páginas la realización de su misión de guerra en un Estado neutral.

Un antiguo Ministro responde; pero su autodefensa provoca nuevas revelaciones de páginas interesantísimas de pasadas historias. El Jefe de un enorme ejército traza en esquema el desarrollo de unas operaciones formidables que alcanzaron como término una victoria decisiva en la vida de los pueblos. Hoy mismo nos llega el relato de uno de los episodios más fulgurantes de tragedia, misticismo, horror

vivido en los últimos días de Hitler. Cada día nos viene el anuncio de obras por el estilo, sensacionales por un lado, y a la vez, reveladores e importantísimos, porque ponen al descubierto tramas de esos caminos subterráneos que marcan las directrices de nuestra historia tan triste, y tan complicada, movida, en el fondo, por pasiones elementales y primitivas, aunque dotadas de los medios técnicos de máxima perfección.

A veces nos encontramos con parejas de libros de las procedencias más divergentes, pero convergentes en un tema y en un mismo intento final. En absoluto mutuo desconocimiento dos escritores afrontan un mismo problema. Cada uno por su lado, bajo su propia psicología, con emoción personal matizada por coloraciones ambientales, a veces de otoño decadente, a veces de primavera prometedora. En todo caso, el alma del mundo busca grietas en la superficie de la historia para lanzar sus suspiros, sus ayes, sus gritos de alarma, sus incriminaciones, sus sentencias.

Bullit publicó un título: *Amenaza mundial*. En nuestros días de inquietud y preocupación angustiosa ante un futuro que deja vía libre a la paz sólo para unos pocos meses —lo anuncian así quienes se dicen buenos pulsadores de épocas, y sus alegatos son difundidos por las agencias de prensa y devorados por mentes febriles— se recibió el libro con ansiedad y emoción. Sin duda contribuyó Bullit poderosamente a despejar el horizonte y fijar la verdadera dirección de la tormenta. El hecho es que hoy el mundo occidental mira al oscuro oriente: y todos —occidentales y orientales— parecen moverse frente a esa amenaza ya verificada y localizada tomando posiciones con mi-

ras a toda eventualidad futura posible. Todos en absoluto quieren eliminar al menos la sorpresa.

Al mismo tiempo, no mucho después de que la muerte arrebatara de sorpresa —estas sorpresas son casi inevitables— al Presidente Norteamericano Fr. D. Roosevelt, cuando una reflexión de conjunto sobre su obra al frente del Estado más poderoso comenzaba a perfilar las características de lo que se ha llegado a llamar «el error Roosevelt», y los caminos por donde se vino a caer en él, un hijo suyo, Elliott, hacía revelaciones de trascendencia comunicando al mundo las conversaciones íntimas en que el Presidente —muy humano— desahogaba su espíritu henchido de hondas preocupaciones.

Eran esos momentos los que ponían en claro lo que el Presidente quería en verdad para la guerra y para la paz. Por singular manera Elliott Roosevelt señaló el itinerario por el que la amenaza mundial de Bullit fué entreverándose disimulada en las conversaciones de Teherán y Yalta, para luego ya manifestarse descarada, cada vez más cargada y espantosa, desde Potsdam hasta nuestros días, en que con una cortina de acero trata de ocultar su centro.

Bullit y Elliott Roosevelt se han completado; el uno es tesis, el otro es historia. Los dos ponen en claro la existencia de una tremenda amenaza mundial que desde no se sabe qué fondos eurasiáticos puede en cualquier momento irrumpir sobre la civilización occidental.

Otro par de libros nos lo han dado Valtin y Koestler. Jan Valtin, seudónimo de un comunista alemán, ha es-

crítico un libro formidable. De manera extraña, le fué dado vivir desde dentro los dos movimientos políticos más ingentes y más decididamente contrapuestos de nuestro tiempo: el comunismo y el nazismo. Los vivió a toda intensidad, en momentos críticos. Pudo darse cuenta de lo que ambos entrañaban.

Un libro, un relato autobiográfico de indudable base histórica, nos da en forma impresionante el film de su experiencia única. Con sólo ser sincero, dió a su obra categoría mundial, un acento de espantosa grandeza que inevitablemente ha encontrado eco en todas las orografías espirituales. No necesitó embozar su ingenua sinceridad con artificio alguno.

A través de sus páginas sencillas, sin pretensiones, tersas y limpias, ha aparecido en acción cinegética la táctica comunista, con su cinismo y sangre fría, con su heroísmo y consagración, con su eficacia y sus éxitos, con su perversidad, corrupción mezquina, lógica absurdamente consecuente, mística miserable.

El comunismo se presta a estos contrastes de efecto literario sorprendente: es inconcebiblemente fotogénico. Lo que es el comunismo lo enseña Valtin poniendo al descubierto hasta su intimidad a un comunista auténtico en plena acción, militante en las épocas más duras: su método es el de enseñar lo que es el movimiento andando.

También Koestler intenta poner ante los ojos del mundo la entraña horrenda del comunismo. También él se sirve de un relato, pero relata una doctrina. El nos dice que el comunismo es eso que aparece en la acción. Su

juventud inquieta le sacó de Hungría, su patria, lo llevó a Palestina, y en 1930 lo instaló en París, afiliado al partido comunista. Era reporter fiel al partido. Por su gran categoría profesional era muy apreciado, y tuvo contacto íntimo con altas personalidades soviéticas.

El pacto germano ruso lo arrancó de las filas del partido. Y desde entonces es un dirigente de la lucha antinazi y antisoviética. Su libro «El cero y el infinito» está escrito en Inglaterra, donde Koestler se refugiara en 1940 huyendo de París. En esto se parece a Valtin. El libro de éste «La noche quedó atrás» está escrito en Estados Unidos adonde se refugió su autor huyendo de esta noche que se cernía sobre la Europa comunizante.

La obra de Koestler, bajo su título misterioso, casi desconcertante, es un serio alegato contra el partido comunista: lo avala un antiguo militante que vivió de cerca uno de los momentos más negros de la historia soviética; el de los famosos procesos de 1935. Los personajes del libro son imaginarios. Las circunstancias históricas que determinan sus actos, auténticas.

N. S. Rubachof es encarnación de varios hombres que fueron víctimas del llamado proceso de Moscú; muchos de ellos hasta amigos personales del autor. Así, «El cero y el infinito» es un documento de valor extraordinario. El mundo lo ha comprendido así: las traducciones de él corren por todas partes; digo mal, por todas menos por Francia, porque el partido comunista se encargó de comprar todos los ejemplares y retirarlos del mercado. Era demasiado fuerte y justiciera la denuncia. España agotó en un par de meses la primera edición española.

Son tres los personajes de primer término. En definitiva, tampoco ellos mismos son lo que en la novela interesa. Son casi maniqués para exhibir en el gran escaparate un muestrario tremendo de la evolución del partido comunista allí donde el proletariado tiene en sus manos —mejor en las manos de sus desaprensivos dirigentes— la dictadura más despótica y total que ha parido la historia del mundo.

Hoy se nos ha dicho —Trevor-Repor se ha sentido con autoridad para ello y suficientemente respaldado en pruebas documentales— que la Alemania nazi no fué un Estado totalitario; lo total de allí se redujo a la política, pero otros hilos estatales anduvieron de mano en mano repartidos y deshilachándose entre los omnipotentes de la camarilla del Führer, los omnipotentes que mutuamente se anulaban para apilarse como ceros junto a Hitler, que, con su personalidad genial, llena de místico hechizo, los hacía subir de valor hasta el infinito.

En el Soviet no es así: no sabemos lo que dentro ocurre, pero, visto a través del impenetrable cortinón que nos le oculta, el totalitarismo de allí es total: todo el mundo es nada ante el misterioso No. 1 que preside al pueblo, encarnando su ser, su razón, su conveniencia, su totalidad plena.

Nicolás Salmanovitch Rubachof se sintió, quizás, molesto con la monótona uniformidad de un No. 1 piramidal que por demasiado tiempo presidía, es decir, atenazaba al pueblo. Quizás quiso cambiar de postura, aflojar un poco, él que para entonces tantas víctimas sacrificara en aras del pueblo encarnado en el N. 1. Pero sus movimientos fueron registrados. Hoy que en lo físico toda actividad queda infa-

liblemente denunciada por acciones y reacciones magnéticas y radiónicas, encontramos un paralelo en el mundo político en un servicio misterioso de acción policiaca, camuflada en las formas más inverosímiles, para sorprender y denunciar cualquier novedad política, prodúzcase en los más recónditos túneles de la confianza familiar o del compromiso criminal.

El N. 1 tuvo noticia de las novedades de Rubachof. La reacción fué drástica. Todo influjo quedó interceptado, y todo peligro neutralizado cuando Rubachof se encontró encerrado en la celda n. 404, entre otros dos mil detenidos: junto a sí tenía un charlatán n. 402, animoso golpeador del tabique en sistema Morsen, invento de la prisión, y un misterioso n. 406 que apenas se daba por aludido, aunque resultaba fiel en la transmisión de noticias, cuando estas corrían en cadena por las paredes de las celdas, para comunicar el nombre de un nuevo preso, la proximidad de una ejecución, los horrores de una tortura sufrida en heroico silencio. No hay por qué seguir las incidencias de la vida enervante de las celdas.

Frente a Rubachof se sienta Ivanof: juez instructor, que a ratos parece amigo, a ratos resulta un funcionario impersonal, irónico, duro, inflexible, pero en definitiva se deja conversar. Ivanof es un cínico intelectual. Lo mismo agrada que ofende: es cuestión de cálculo. Con la misma impassividad gana que pierde, se crea amigos que enemigos.

Y un día ... Rubachof, al presentarse al interrogatorio, ya no se enfrentó con Ivanof: le sustituía Gletkin. El ciudadano Ivanof había sido liquidado cumpliendo una orden administrativa

había llevado el proceso con negligencia, y en una conversación había expresado sus cínicas dudas sobre el fundamento real de los cargos contra el N. 404.

Era, sí, adicto al N. 1, pero sólo como conclusión de un proceso intelectual, por cálculo lógico, no ciegamente. Gletkin no era así: no discurría, no le interesaba sino por cualquier medio —cruel o cínic— obtener una confesión, y eliminar a Rubachof. La confesión —una de tantas confesiones— se logró: Rubachof se sintió orientado en dirección contraria al curso de la historia entonces en desarrollo, y tenía que dejarse arrollar.

No nos interesa lo que de cruel, inhumano, cínic... con sus tintes de místico y horrendamente sobrehumano se mueve en el fondo de este proceso. Todo es lógico una vez que se admite la evolución de la historia como suprema realidad.

Todo el que disiente de la marcha de la historia y de los principios internos que la dirigen y determinan es un número negativo, que automáticamente debe ser eliminado de entre los que se alistan tras el N. 1, el que determina el signo en vigor. El N. 1 encabeza todo lo positivo, lo verdadero, lo real, lo vivo; todo lo que no se deja trascender de él es negativo, falso y debe ser liquidado, aniquilado.

Sólo nos interesa reflexionar sobre una declaración de Ivanof, que explica el título un poco enigmático de la obra: *El cero y el infinito*. Ivanof conversa amigablemente, y se deja discutir en la celda n. 404. «No admito la mezcla de ideologías —dijo Ivanof—. No hay más que dos concepciones de la moral humana, y las dos tienen polos opues-

tos. Una de ellas es cristiana y humanitaria, y declara sagrado al individuo y afirma que las reglas de aritmética no deben aplicarse a las unidades humanas, que en nuestra ecuación representan ya cero, ya el infinito.

La otra concepción arranca fundamentalmente del principio de que un fin colectivo justifica todos los medios, y no solamente permite sino que hasta exige que el individuo esté absolutamente subordinado y sacrificado a la comunidad (la que puede disponer de él, ya como de un cobaya que sirve para un experimento, ya como el cordero que se inmola en los sacrificios).

La primera concepción podría denominarse moral antiviviseccionista; la segunda, moral viviseccionista. Los vagarosos y los aficionados han intentado de siempre mezclar las dos concepciones, pero en la práctica esto es imposible. Quienquiera que lleve sobre sí el fardo del poder y de la responsabilidad se da cuenta a primera vista que es necesario escoger, y, fatalmente, es conducido a escoger la segunda concepción.

¿Conoces tú, desde el establecimiento del Cristianismo como religión de Estado, un solo ejemplo de Estado que haya seguido realmente una política cristiana? Tú no puedes designarme uno solo. En los momentos difíciles (y la política es una serie ininterrumpida de momentos difíciles) los gobernantes han podido invocar las «circunstancias excepcionales», que exigen medidas excepcionales también.

Desde que existen naciones y clases, viven las unas contra las otras en un estado permanente de legítima defensa que les fuerza a remitir para

otros tiempos la aplicación práctica del humanismo» (pag. 178 de la segunda edición española). Rubachof admitió que el humanitarismo y la política son incompatibles, y que lo son también el respeto al individuo y el progreso social; que la pureza en la elección de medios conduce a la impotencia política.

Este es el caso. La política rusa es un maquiavelismo a ultranza, que ha superado en la utilización de medios todo cálculo previsible en el gobierno civilizado de un Estado. Ha escogido una moral viviseccionista, en la expresión del Ivanof simbólico, y ha remitido para otros tiempos la aplicación práctica del humanitarismo, para cuando haya venido el estadio superior de la evolución histórica, la redención del proletariado, y sea posible vivir en plenitud y con seguridad la auténtica vida comunista.

Hoy por hoy exige que el individuo esté absolutamente, sin reserva ninguna, subordinado y sacrificado a la comunidad. No tiene derechos, no tiene razón de ser: los derechos residen todos en la comunidad, sólo ésta tiene razón de ser.

En 1936 Stalin presentó al Congreso e hizo que la adoptara una nueva Constitución. Esta, a diferencia de las anteriores, enumera ciertos derechos de los ciudadanos, trabajo, descanso, ayuda material a la ancianidad, instrucción, libertad de conciencia, palabra, prensa, reuniones y demostraciones en la calle.

Se habla de organizaciones profesionales, inviolabilidad personal y de habitación y de correspondencia... pero

todo esto, absolutamente todo, queda esencialmente, sin reserva de ningún género, subordinado a los intereses del proletariado. He ahí el individuo reducido a cero.

La otra concepción, tiene una valoración muy distinta del individuo. El individuo en ella no es puro individuo, igual en eso que una yegua o un corzo. Es una persona, y como tal tiene prerrogativas de verdad intangibles.

Cierto que es una persona social, destinada por su misma naturaleza a formar parte de una sociedad en que debe conseguir su propia perfección. Pero en ese destino social no se agota todo el sentido de la persona humana; trasciende más allá, rebasando así los contornos sociales que la envuelven, pero sin oprimirle, ni amputar en nada su trascendencia, ni depotenciar su dignidad autárquica, ni depreciar en un solo entero su valor. En este sentido es la persona algo sagrado que no puede ser función de simples cálculos aritméticos.

Con todo, tampoco es exacta la expresión de Ivanof. La persona humana no alcanza jamás un valor infinito, aunque ha sido infinito el precio de su redención: precio indica equivalencia, pero es sabido que la redención fué superabundante.

Más preciso fué Pascal que sabía al hombre producido para el infinito y no podía menos de estremecerse sobrecogido de espanto al verse péndulo entre dos abismos del infinito y de la nada: temblaba ante las propias maravillas, juzgaba mejor contemplarlas en admirado silencio que investigarlas con

curiosidad presumida. Porque, al fin y al cabo, ¿qué es el hombre en la naturaleza? Nada, dice Pascal, en comparación del infinito; todo en comparación de la nada.

Infinitamente alejado de estos dos extremos, le están impenetrablemente ocultos el principio y el fin de las cosas, incapaz como es de ver la nada de donde proviene y el infinito al que tiende.

Somos algo sin ser todo: lo que de ser tenemos nos impide el conocer los primeros orígenes que nacen de la

nada; y lo poco que del ser tenemos nos oculta la visión del infinito.

En nuestro ser viven aunados dos movimientos de signo contrario, ascensional el uno y descensional el otro, provenientes ambos de esa mezcla de ser y no ser, todo y nada, que caracteriza a un ser contingente.

Ni somos infinito ni somos cero. Tenemos algo de los dos. Del cero tendemos al infinito. Vivimos entre los dos. Somos algo entre el cero y el infinito,

Oña, España, Mayo 1948.

